

descansaba, como una contraseña del cielo, sobre los pechos de ambos.

Jamás se supo á cuál de los dos había pertenecido en vida, la santa enseña. Era el escapulario de la Virgen del Recuerdo...

FIN DEL LIBRO CUARTO.

EPILOGO.

La campana del santuario de Loyola había tocado ya el último toque de Misa, y el Hermano portero luchaba á brazo parado en la misma puerta, con una de esas beatas pegajosas, ávidas siempre de santa curiosidad, propaladoras incansables de nuevas místicas, que creen asegurar el triunfo de la Iglesia y la extirpación de las herejías, propagando entre fieles é infieles que el Padre A, estornudó dos veces seguidas, ó que al Padre B, se le descosió la borlita del solideo.

Una señora enlutada salió entonces de la vecina Hospedería, atravesó lentamente el prado, y subió las escaleras que llevan al santuario. Era una mujer alta, joven aún, que parecía agobiada por el peso de una de esas inmensas desventuras que inclinan el cuerpo á la tierra, como buscando en ella el consuelo y la paz. El negro crespón que sombreaba su frente sin ocultarla del todo, dejaba ver unos ojos rojos en que ya había lágrimas, un rostro marchito, óvalo perfecto en que se veía, por decirlo así, incrustada una conmovedora expresión de dolor eterno.

Al pasar ante el Hermano, saludóla este con muestras de gran respeto, y la beata, ansiosa siempre de noticias, preguntóle su nombre.

—La Marquesa de Sabadell,—contestó el Hermano.

La beata dejó escapar una exclamación de asombro, y con cierta compasiva admiración siguió á la dama con la vista, hasta verla desaparecer por la gótica puerta del antiguo solar de Loyola.

Un cochecillo desvencijado, tirado por dos flacos rocines

del país, entró al mismo tiempo por el puente de Catalangua, atravesó velozmente el prado, y vino á detenerse al pié de la escalitana. Apeóse otra señora también enlutada, muy flaca, muy pequeñita, ocultando como la otra entre los negros crespones un rostro consumido y lleno de pecas, y unos cabellos rojos mezclados de blanco. Nadie la conocía en el país: habíase establecido aquel verano en un caserío muy bien acondicionado, cerca de los baños de San Juan, y veíase-la á menudo desde el camino, pasear por la huerta acompañando á un caballero muy gordo, al parecer idiota, que lanzaba gritos extraños y tristes risotadas, y no se movía de un carrito de que tiraba á veces un borriquillo pequeño, otras un criado, algunas, con bastante frecuencia, la señora misma. Los caseros de las cercanías, llamábanla *Gorrillo*, esto es, *la reja*.

Al hermano portero no le era, sin embargo, desconocida la dama, y saludóla también á su paso, con mucha atención y deferencia. La beata, con redoblada curiosidad, tornó á preguntar así mismo, el nombre de ésta.

—La Condesa de Albornoz,—replicó secamente el portero.

Penetró ésta también en la santa Casa, y subió al famoso santuario, lleno de aquel momento de fieles de todas clases, mezclados y confundidos el señor y el labriego, la dama y la casera, con ese aire de confianza, esa perfecta higualdad que muchos pregonan, y sólo se comprende y se practica en el santo templo de Dios. La Albornoz pasó rosando con su traje el traje de su infeliz prima, y fué á arrodillarse sin reparar en ella, á cuatro pasos de distancia. No sucedió lo mismo á la Marquesa de Sabadell: vióla muy bien ésta, la conoció al punto, y el temblor de sus manos, el gesto espontáneo de horror que apartó la vista, el ansia cruel con que se levantó su pecho, sin que pudieran exprimir sus vaivenes una sola lágrima, como si se hubiese agotado ya en aquel corazón el manantial de ellas, revelaron claramente la impresión horrible que le hacía la presencia de aquella mujer funesta, que encontraba por primera vez después de tantas desgracias.

Comenzó la Misa ante la imagen de San Ignacio, del la-

do de allá de la reja; la de Albornoz, flaca y macilenta, paseó á poco la vista por todas partes buscando algún sitio en que sentarse, y no hallándolo, hízolo humildemente en el suelo, sobre las frías losas: un anciano, pobre mendigo de Azpeita, levantóse al punto del extremo de un banco, y quiso cederle su puesto; mas ella, agradeciéndoselo con cariñosa sonrisa, no lo aceptó.

Llegó al fin la hora de la Comunión, el sacerdote abrió el tabernáculo, volvióse al pueblo y bendijo á pobres y ricos, grandes y pequeños, inocentes y arrepenidos, verdugos y víctimas.... Todas las cabezas se inclinaron, dobláronse todas las rodillas en el más profundo silencio....

—*Ecce Agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi!*...

Varios hombres y mujeres se adelantaron, y fueron á arrodillarse ante el comulgatorio: entre ellos iban la Marquesa de Sabadell y la Condesa de Albornoz, las dos rivales, el verdugo y la víctima, la mujer inocente y la cínica escandalosa.

Pasó largo rato: terminóse aquella Misa, y salió después otra, y poco á poco fueron desapareciendo los fieles, quedando al fin sola la Albornoz, arrodillada delante, sin poderse sostener apenas, imagen viva de la humildad, aniquilada ante la misericordia. Detrás estaba la Marquesa de Sabadell, arrodillada á larga distancia, sintiendo por primera vez, después de la muerte de su hijo, el consuelo inefable de las lágrimas.

De repente hizo Currita un penoso esfuerzo para levantarse, y la otra se levantó también prontamente, y salió de la capilla, deteniéndose del lado de allá de la puerta, junto á la pila del agua bendita.... Allí la encontró la Albornoz, y dió un paso atrás al verla, pálida cual un espectro.

Mas ella, dando otro paso adelante, hizo un solo movimiento, una mera *pequeñez*, de esas que asombran á los hombres y regocijan á los ángeles.

Metió la mano en la pila del agua bendita, y se la ofreció con la punta de los dedos.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

